

En *Homenaje a D. Raúl Montero Bustamante. Selección de sus Escritos Literarios e Históricos*. Tomo III. Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay/Academia Nacional de Letras, Montevideo, 1955, pp. 440-447.

LA ESFINGE ROJA.  
MEMORIAL DE UN APRENDIZ DE DIPLOMÁTICO EN LA UNIÓN  
SOVIÉTICA,  
POR EMILIO FRUGONI.

“Yo fui a la U.R.S.S. con el cargo de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Uruguay”, dice el autor en la introducción de este libro, “pero todo el mundo en mi país, me confirió otro cargo más honroso e irrenunciable: el de ser el hombre que volviese con la verdad sobre la Unión Soviética”. El Dr. Frugoni aceptó esa doble misión y la cumplió con la dignidad, la honestidad y la alta inteligencia que caracteriza toda su actividad pública. En cuanto a la segunda de esas misiones, — sin aventurar un juicio que abarque totalmente los aspectos que el autor estudia en su libro — digamos que le ha dado cumplimiento, también con singular dignidad y eficiencia literarias, perseverando así en lo que es rasgo peculiar de la obra del eminente poeta y escritor.

El libro, aunque dé la sensación de que ha sido escrito *currente calamo*, — y un crítico poco avisado podría atribuirle carácter periodístico — ha sido, sin embargo, motivo de honda meditación y de diligentes investigaciones personales. La fluidez y amenidad con que está escrito acusan esa difícil facilidad que revela siempre la presencia de un escritor avezado, dueño de los secretos del idioma, que maneja la prosa con maestría y sabe adaptar ésta al tono de su pensamiento, imprimiéndole, a veces, el carácter discursivo y ligero, embelleciéndola con la elevación del estilo o dándole realce y riqueza con la intervención oportuna de la animada descripción, de la evocación histórica, de la apelación al arte y a la ciencia, del comentario filosófico, de la anécdota, sin olvidar tampoco el rasgo humorístico.

Si esto es así en cuanto al aspecto formal del libro, en lo que se refiere al examen, crítica y juicios que, en el vasto campo que han alcanzado sus observaciones, formula el Dr. Frugoni, demuestra singular equilibrio y ecuanimidad. Esas observaciones comprenden el medio político, social y económico, las instituciones, los hombres dirigentes y las masas que parecen ser los dos elementos que constituyen lo que en los países democráticos llamamos “hombre”, que es la resultante individual de una sociedad y que, en el régimen soviético parece ser muy difícil de advertir en razón de la absorción que hace el Estado del individuo. Y tocamos con esto lo que el autor define con el título de

su libro: "La esfinge roja". Refiriéndose a ella dice el Dr. Frugoni: "Se me ha querido asignar el papel mitológico de un Edipo en actitud de enfrentarse con la Esfinge...".

Veamos como la ha enfrentado. Su posición es franca y abierta y hace evidente contraste con el enigmático país que ha sido objeto de su estudio. "Voy simplemente a decir lo que he visto; lo que he vivido y sentido en mis dos años y tres meses largos de permanencia en la capital de la República de los Soviets. Deslizaré mis comentarios al margen de mis observaciones y experiencias personales. Y expondré con entera libertad de espíritu mis conclusiones sobre lo que he podido observar". Anteriormente ha advertido que no faltan libros que se refieren a la Rusia soviética, y algunos de ellos "verídicos a carta cabal"; pero, agrega que es muy difícil "hallar uno que se sustraiga a la influencia de los factores que desvían el juicio del justo centro y no le dejan dar en el blanco". Parecería que el autor, no obstante la reserva que hace en contrario, confía en la verdad de su libro, contra la cual ha conspirado la organización de aquel país basada en el hermetismo. Concluye el Dr. Frugoni declarando que su libro reúne las impresiones recogidas por su sensibilidad de ciudadano uruguayo y su mentalidad de socialista, pero "sin resentimiento ni favor", y que sus juicios "pretenden ser sentencias justamente fundadas". Al recapitular todo lo escrito repite que su juicio "es el de un demócrata y el de un socialista". Hemos insistido en esto con el objeto de aclarar la calidad del crítico y del juicio y la posición espiritual en que éste ha sido formulado.

Es difícil exponer en breves líneas, como lo requiere esta nota, la vasta materia de la obra. La versión que del país soviético da el Dr. Frugoni está dividida en cuatro partes. La primera de ellas, titulada "Exploraciones y experiencias", comprende las impresiones recogidas en su primer contacto con el mundo diplomático soviético y con la "ciudad" moscovita. Esta parte está amenizada por la presentación de las figuras protagonistas de la política soviética, por las semblanzas de personajes y la descripción de ambientes, por la anécdota, por la aparición inesperada en Moscú de figuras como las de Churchill, Eden, de Gaulle, y Herriot. La vida diplomática soviética está allí retratada de mano maestra, en sus hombres, en sus hábitos y costumbres. Lo que más enseña de todo ello es el hecho de que, frente a un pueblo que experimenta naturales estrecheces, desenvuelve su fausto realmente asiático la diplomacia soviética, fausto que oscurece el brillo y el lujo de la resplandeciente corte de los zares y no halla igual en ninguna monarquía de Europa. Esta parte del libro se lee con el interés con que puede leerse una apasionante novela. El autor hace en ella derroche de ingenio al dar forma a sus recuerdos y los anima con la vida del estilo literario.

Aparece también en esta parte del libro la "ciudad", el paisaje humano: la muchedumbre que circula por las calles o se agrupa para formar "colas" frente a los comercios, o en los lugares en que se detienen los ómnibus y tranvías, o, a ciertas horas, en los parques, o en los días de asueto concurre al estadio. Con el

ciudadano soviético sometido a la plenitud del régimen de trabajo, se ve desfilar a los viejos, a los niños, a los mendigos, a los muertos que son conducidos sin pompa a los cementerios. Las amplias avenidas comunicadas por estrechas y sinuosas callejas, bordeadas aquéllas de modernos edificios de sobria arquitectura, entre los que aparecen aquí y allá viejos palacios del régimen zarista, y éstas de tapias, corrales y patios de vecindad muestran el trasfondo de la vida urbana. Los comercios ostentan vidrieras “camufladas” y su régimen de venta *sui generis*; la plaza Roja, escenario de la Nación, ofrece grandes desfiles militares, atléticos y populares, en los que el autor halla algo de gigantescos *ballets* por la regularidad, precisión y ritmo de los movimientos, a lo que aun puede agregarse los desfiles de la muerte, o sea la conducción de las cenizas de los muertos que merecieron bien de la patria hasta los nichos abiertos en los muros del Kremlin para que estén así cerca del panteón de Lenin.

Completan este libro los capítulos que el autor consagra al examen del sentimiento religioso del pueblo ruso, a las iglesias, al culto y a la situación actual de las relaciones entre el Estado y la iglesia ortodoxa rusa que, luego de haber sufrido la implacable persecución de aquél, que se propuso, en los primeros años de la revolución, destruir la vida religiosa del pueblo, ha logrado ahora un *modus vivendi* benévolo, que hace por grados más fácil el mantenimiento y desarrollo del culto. El autor, luego de estudiar los antecedentes históricos del sentimiento religioso en Rusia, que es una fuerza secular que logró poder incontrastable, cree que hoy es “una manifestación puramente exterior de la vida colectiva” y que las devociones que congregan todavía a las masas en los templos “son los últimos estertores de una gran llamarada de siglos en vísperas de extinguirse”. Sin embargo, el gobierno soviético ha capitulado ante la inclinación religiosa del pueblo y hoy, no sólo tolera, sino que mantiene relaciones cordiales con la iglesia ortodoxa rusa.

El segundo libro está consagrado al estudio de la cultura soviética: libros y bibliotecas, museos, escuelas y universidades; prensa, teatro, al que el autor considera como gran institución nacional; artes plásticas, música, son objeto de prolijo estudio en sus manifestaciones más características. Rusia difunde su literatura clásica, su música y la obra de sus sabios. Dice el Dr. Frugoni que las bibliotecas tienen más concurrentes que las tabernas, cafés y comercios; pero, agrega, también, que el régimen soviético mutila cuidadosamente la historia que enseña a su pueblo, como impone otras limitaciones, por ejemplo al periodismo, en el que reina una unanimidad en la información y el comentario de la que no se aparta jamás. Se desconoce la crítica y la polémica y no se concibe el concepto de libertad occidental aplicado a esta actividad. Leído un diario, se leen todos. Nadie sabe nada más que lo que el gobierno quiere que se sepa. Respecto al mundo exterior el pueblo ruso lo ignora todo.

Páginas de verdadero interés son las que el autor dedica al teatro y a la música, que han alcanzado allí verdadero florecimiento y en los cuales no se

prescinde del repertorio europeo, aunque a veces experimente éste curiosas adaptaciones. En estas páginas se advierte el deleite con que el antiguo crítico vuelve a temas que le son familiares.

El libro tercero: "Como se vive en Rusia", y el cuarto: "La vida política", son, acaso, los de mayor trascendencia, pues comprenden la exposición del nuevo orden social comunista implantado por Rusia frente a la realidad; la solución que ha dado a los problemas del trabajo y de la vivienda; el régimen policial y carcelario que permite la "vigilancia de los amigos" y de los mismos diplomáticos; la administración de justicia, la vida rural, el derecho de propiedad que evoluciona ahora hacia soluciones históricas; la vida del obrero, individual y colectiva, en todos sus aspectos; la cultura y la inteligencia dirigidas en las zonas de la actividad política, literaria, artística, etc.; la organización de la familia, el matrimonio y la herencia que, como instituciones jurídicas, luego de difícil crisis, comienzan a evolucionar también hacia formas históricas; la posición de la mujer que en uno de los aspectos más respetables parece estar sujeta a estas palabras de Iván el terrible: "La mujer rusa es una cosa sagrada y no podemos dejarla ir a un país impuro como el tuyo. Elia puede casarse con un extranjero pero debe quedarse acá".

Concluye este libro con un breve capítulo en que el Dr. Frugoni, con ejemplos vivos por él conocidos, se refiere a la situación de los campesinos, obreros e intelectuales en Rusia y que puede servir de prevención a quienes sueñan con el ideal del régimen social soviético. Una madre escribía desde allá a su hijo, comunista militante, que deseaba regresar a Rusia: "¡Tanto como te quiero y, sin embargo, prefiero no volver a verte más, a verte de nuevo en la Unión Soviética!" Y le aconsejaba tomar carta de ciudadano uruguayo. Otro comunista militante hispanoamericano que llegó a Rusia bajo el amparo y protección de las autoridades soviéticas le confió que "cuando puso su pie en Moscú experimentó una sensación tan desoladora que, de haber podido, hubiera partido inmediatamente de vuelta, porque su entusiasmo por la Rusia Soviética, todo su afán de vivir en ella, se le derrumbó de golpe dejándolo como a un niño desamparado y desnudo en la soledad de un páramo sombrío".

El libro cuarto comprende el estudio de la vida política soviética. En él se describe una sesión del Soviet Supremo, ensayo de parlamento sin más función que escuchar la lectura de proyectos y discursos y aprobar lo que se somete a votación, y el régimen electoral basado en la existencia de un solo partido y en la unanimidad del voto. Se examina también la estructura del sistema político y todo se remata con una semblanza del mariscal Stalin, en la que, no obstante la parte negativa, el gobernante ruso no sale mal parado, y un examen del estado de lo que se llama opinión pública que, como tal, no tiene función dentro del régimen cerrado de unidad que gobierna la vida política soviética.

Concluye el libro con una recapitulación de los juicios vertidos por el

autor que podrían sintetizarse en estas palabras que escribió el Dr. Frugoni a raíz de su regreso a Montevideo: “La Unión Soviética no es para mí una esperanza (como parece serlo para usted) porque la juzgo una trágica desviación hacia formas de tiranía política que para el mundo occidental constituyen un retroceso. Sin desconocer las realizaciones que en diversos órdenes pueden admirarse, mi juicio sobre la realidad y entraña política del comunismo soviético, es ése. Y para mí, en quien la sensibilidad política o cívica es preponderante, es eso lo que más cuenta, porque en la vida orgánica de una nación todo el resto es *literatura*, como diría aquél que sabemos”. Comentando sus propias palabras, concluye el autor: “En efecto, la democracia política — que allí no existe —, es la policía de todos los derechos humanos. Sin ella la justicia social o económica es una dádiva que sólo depende de quien la otorga, si es que puede haber justicia en arrebatarle a un pueblo sus bienes más sagrados, que son sus libertades públicas y los derechos del espíritu. Esas libertades y esos derechos que vigilan y defienden las conquistas alcanzadas por el hombre en cualquier terreno y las consagran como patrimonio inalienable. Puede decirse que para el pueblo ruso la ausencia de tales libertades no constituye una pérdida — porque nunca gozó de ellas —, y eso explica la adaptación o resignación de las grandes masas a los métodos de la dictadura soviética. Sea como fuere, haber implantado el régimen comunista en Rusia fue un error histórico, si se quiere explicable y con atenuantes. Pero intentar extender ese régimen a países que, como Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, Italia, Suiza, Suecia, Uruguay, han incorporado a su vida las normas y los principios liberales de la democracia política, y aun a los que, sin habérselos incorporado efectivamente, han entrado ya, bien o mal, en las vías que conducen a ellos, es retroceder a sabiendas; es abandonar, arrojar por la borda adquisiciones institucionales que son reales y sagradas conquistas humanas”.